

L

O verifico en mis propias estanterías. Los libros, folletos, artículos revis- teriles, reportajes periodísticos o ensayos provocados por el «gag» militar de febrero ya superan en cantidad a los lomos producidos por el entierro de Franco y la resurrección democrática. En cuanto a la calidad, no hay novedades. Lo cual quiere decir, sencillamente, que los ciudadanos de este país somos bastante más aficionados a la excepción que a la norma- lidad: estimamos más nuestro al discurso lacrimógeno de sintaxis descon- siderada, altamente desconsiderada en ocasiones, que el bendito lenguaje sereno provisto de sindéresis desdramatizada, despectivamente tachado de «anglosajón». Repaso las estanterías del área de la política actual por si descubro algo relacionado con el asunto que hoy me ocupa —las izquierdas españolas han cambiado de lenguaje: ahora le hacen la competencia al discurso tradicional— y las descubro atiborra- das de pesimistas novedades editoriales que no resisten en los escaparates un par de se- manas y que suelen referir, invari- ablemente, la triste historia de una democracia que, al parecer, tampoco resistirá sobre el papel otro par de semanas. Y así, desde hace un ancho lustro y a lo largo de estanterías y estanterías.

Al menos desde el punto de vista de la letra impresa —que es un punto de vista como otro cualquiera— somos bastante más proclives al estado de excepcionalidad desmelenada, de signo incomprensiblemente patético, funerario, que a los placeres de la escritura reflexiva, distanciada, flemá- tica, no sujeta necesariamente a la tiranía de los negros impulsos atávi- cos, capaz, en fin, de superar la cota trimestral, que es la frontera cronoló- gica que separa en estos momentos la actualidad de la historicidad. Si alguien, por ejemplo, hubiera osado escribir des- pués del fallido intento de Tejero y compañía que no creía posible otra in- tentona similar en los dos meses siguien- tes, es decir, que florecerían los almend- ros, los perales y los manzanos sin dictadura militar, habría sido unánime- mente tildado de irresponsable, frí- volo y optimista, por lo menos. El caso es que ya han pasado más de dos meses y sólo se cumplen las previsio- nes irresponsables, frívolas y optimis- tas. Ahora, seguramente para que la atención dramática no decaiga y la siniestra lógica de la disuasión siga operando, sitúan la «apuesta» en la recogida de la uva, y que no se me ocurra aventurar que cuando llegue septiembre todo será maravilloso por- que los reclutas seguirán marcando el paso rutinario en los cuarteles, los tanques enfundados y los tejeros en- chironados: dirán que me ha entrado un ataque de locura.

Eso mismo es lo que constato ha- ciendo un rápido travelling de iz- quierda a derecha sobre los lomos de la actualidad libresca que la mayor parte de estas pesimistas «no ficcio- nes» que me inundan las estanterías y surgen casi todas con pretensiones definitivas, a modo de últimas y dra- máticas palabras acerca del tinglado político, son incapaces de aguantar

tres meses en el mercado. Envejecen todavía más rápidamente que los pe- riódicos y las revistas, seguramente porque tienen la desfachatez de la encuadernación, privilegio que hace un tiempo, lo recuerdo muy bien, estaba reservado en nuestra cultura a productos menos perecederos. Litera- tura política que trata de la crisis y que ante todo nos habla de la crisis irremediable de una literatura política fundada en el *coyunturalismo*, que es la nueva enfermedad senil de las iz- quierdas nacionales. Literatura, en fin, fanatizada por los espejismos in- genuos de una inmediatez sombría no desprovista de intrascendencia y fre- cuentadora del *estilo libre circunstancial* más monótono y alarmista que se recuerda. No es que estemos inmersos con todos los predicamentos en la sociedad de lo efímero —lo estamos, pero para negocios de mayor enjun- dia intelectual, paradójicamente—; es que de antemano, y sin que venga a cuento, elevamos lo más efímero a trágica categoría histórica y entonces, claro está, ocurre que la ya natural rapidez electrónica se nos transforma en vértigo de rango infernal: mercan- cías irremediablemente combustibles desde el instante mismo en que aso- man sus títulos a la calle.

EL MIEDO ES EL MEDIO

JUAN CUETO

libre, naturalmente. Pero se puede responder diciendo —repetiendo— que esos temores generalmente metafísicos también se provocan por la desme- surada y redundante producción de ese género periodístico infundada- mente pesimista, metodológicamente rumorológico y atrozmente patético, que, aunque jamás de los numerosos jamases acierta en sus diagnósticos apocalípticos y es incapaz de superar con dignidad el paso de un fin de semana, obligado es admitir que tam- poco aporta nada nuevo al debate de las ideas y al patrimonio nacional del sentimiento trágico de la vida política, a pesar de sus buenas intenciones y de esa fabulosa capacidad narrativa para disfrazar la obviedad más ele- mental de auto sacramental; que tal parece por lo que se le lee diaria- mente que cada dos por tres nos jugamos aquí y sólo aquí el destino de la civilización occidental. Nos duele tanto España, insisto, y lo proclama- mos de tal manera, añadido, que no es de extrañar que ocurra la dialéctica bochornosa del enfermo imaginario. Por un simple y pasajero dolor de cabeza administrativo, financiero y reorganizativo, que podría zanjarse a base del elemental ácido acetilsalicí- lico, nos ponemos en trance de inter- rrupción cruenta en el quirófano de- sesperado. Confundimos la jaqueca con el cáncer y así no es de extrañar que haya suelto tanto espontáneo de la salvación de la patria, astra en ristre. Lo cual, encima, justifica ese tipo de infame literatura por otra temporada.

La dialéctica del enfermo imaginario

Argumentan, los contumaces, di- ciendo que sólo se escribe de lo que verdaderamente se teme. El miedo es

No varió el estilo de esa suerte de bellaquerías impresas que siguen gozando de prestigio misterioso a pesar de su constante inverificabilidad, pero sí se detecta a primera vista un decisivo cambio de retórica en el lenguaje de las izquierdas patrias—cada vez más patriotas—cuando se exponen en público por parte de sus líderes o portavoceros. Es indudable que los acontecimientos de febrero, esos que fracasaron, agudizaron el fenómeno lingüístico, pero el proceso degradativo del lenguaje político, progresista, digámoslo así, venía de lejos. Concretamente del irresistible furor coyun-

turalista que les entró a las siglas que, por definición y tradición, más lejos pretendían ir en el tiempo y menos ataduras deberían tener en el espacio.

La ilusión de la inmediatez es contagiosa como la peste antigua y al cabo de los continuos y masoquistas tratos del lenguaje de las izquierdas con esa desoladora actualidad injustificable—la que está configurando ese nuevo género literario—no solamente se logró exilar sin contemplaciones todo aquello que sonara a «proyecto a largo plazo» con el propósito de tranquilizar (sic) al electorado—asesinato de Marx para los unos y parricidio de

Lenin para los otros—, sino que un día, de pronto, aconteció la nueva confusión de las lenguas políticas. Sólo que esta vez el Babel resultó ciertamente más sutil que el bíblico. Lo que Dios hizo a modo de castigo fue pluralizar las lenguas para que los orgullosos no se entendieran entre sí, de modo que cuando unos pedían ladrillos los otros les traían argamasa en ebullición, de tal suerte que no había manera humana de construir una torre de aceptables dimensiones, capaz de inquietar a la alta divinidad. Sin embargo, lo que en este país sucedió—también, sospecho, a modo de castigo—desde que a las parlamentarias izquierdas les entró la manía absurda de practicar el vicio solitario del coyunturalismo, tan similar al otro vicio famoso, fue que todos empezaron a hablar el mismo idioma, y, como es fama, tampoco así hay manera de entenderse, ni mucho menos de construir lo que se pretende, sobre todo, cuando lo que se pretende es justamente la arquitectura de la pluralidad

El lenguaje del miedo

Y en primer lugar, como fundamento de esta monotonía expresiva, el lenguaje del miedo. Incluso digo más *el miedo como medio*. Lo que las izquierdas más o menos parlamentarias emiten no son mensajes dotados de cierta racionalidad, sino temblores. No comunican contenidos, ni mucho menos programas, que son estremecimientos y turbaciones. Lo que ahora moviliza y llena los mítines es el uniformado lenguaje del pavor a los uniformes. Resulta a primera vista imposible distinguir los sonidos que transmiten las derechas y las izquierdas cuando abren el pico de persuadir a las masas. Si son políticos de izquierdas será bajo su palabra de honor, que no por acciones o ideas. Lo que escuchamos son parlamentos patrióticos, casi cuarteleros, la jerga de la mili—tantas veces de la milicia universitaria—el uso impúdico de un aparato simbólico y tropológico de frescos ecos históricos que estremecen todavía cuando resuenan—y resuenan muy a menudo—, con olor a fanfarría y sabor caquí.

Se han puesto las izquierdas a hablar con desfachatez, por miedo a la repetición tejeril, el idioma propio del resto del hemisferio. Lo cierto es que no se trata de un idioma cualquiera, inocente, de neutra ideología. Comprendo muy bien las intenciones coyunturales de Felipe y Carrillo cuando insisten en que a patriotas nadie les gana. Pero también los líderes de la oposición deberían comprender que están incurriendo en el

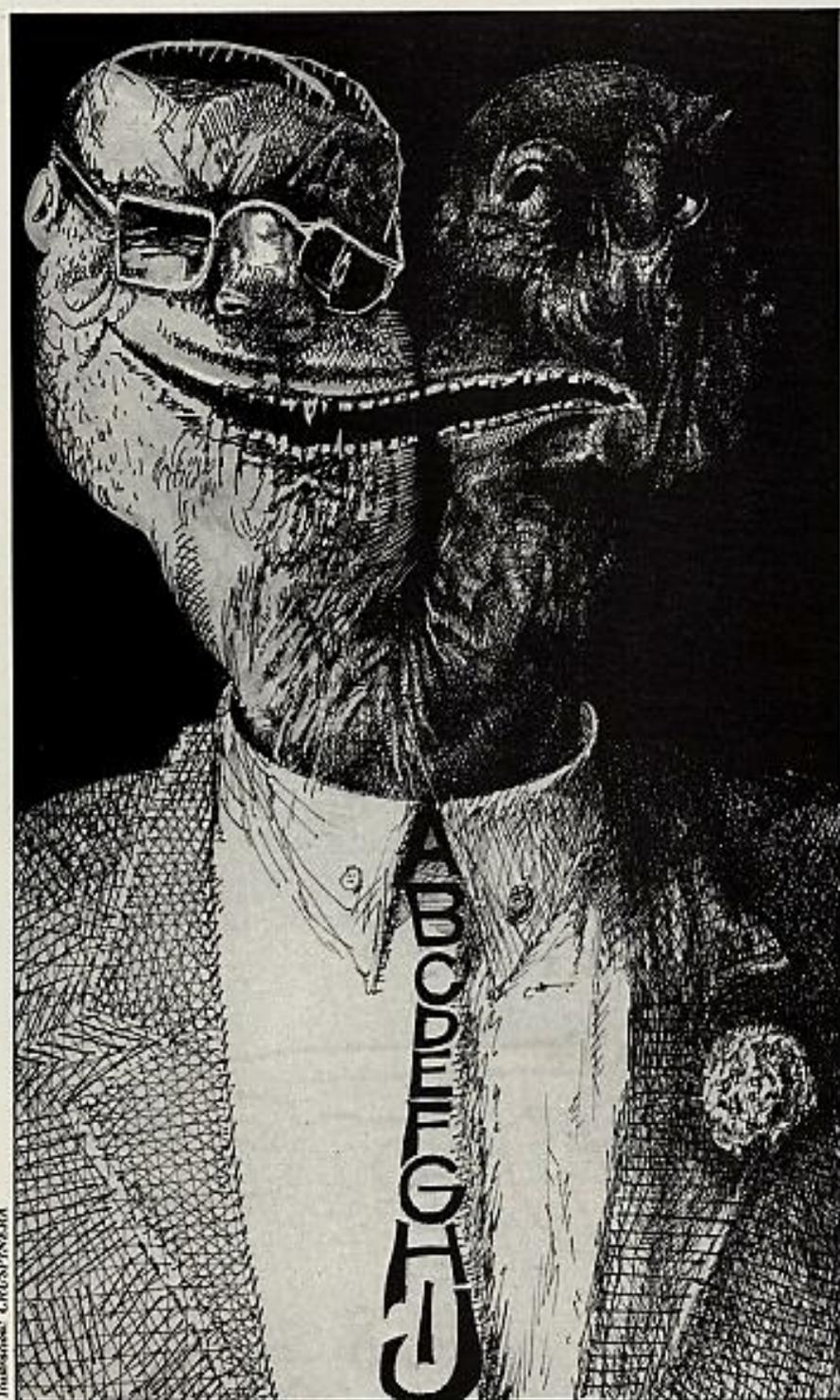


Ilustración: GRUSPANERA



Juegos PARKER... todo carácter.

Juegos que dan «mucho juego»
imprimiendo carácter
a su escritura.



PARKER

La escritura!

lenguaje del Imperio y no recitando un lenguaje natural. Tras la lógica del sujeto y del predicado patrióticos, tal y como aquí se habla desde hace siglos, se agazapa el contaminante signo del totalitarismo. El de las banderas, la patria, el honor, las fuerzas armadas, la unidad, los orígenes, el orden..., qué se le va a hacer, siguen siendo en este país, y en la práctica, los sonidos favoritos del lenguaje totalitario, y su pronunciación no es impune. Y digo esto sabiendo que en latitudes menos patéticas que las nuestras los de la patria y el patriotismo son problemas «ya resueltos» y a lo máximo que recuerdan cuando se leen o escuchan es a épicas de Borges o a poéticas de Kipling.

Sociedad anónima

Pero no son estas anecdóticas manifestaciones del «miedo como mensaje» lo más significativo del cambio. A medida que cesen los rumores madrileños acerca de la inminencia de ese tercer golpe —y cesarán por saturación— disminuirá del lenguaje de las izquierdas esa insoportable retórica patriótica y ese trajín inútil y *contra natura* que se traen con los símbolos sagrados. Es la competencia directa con el idioma de la derecha propiamente dicha aspecto mucho más inquietante que el halago de los groseros instintos cuarteros. Desde Maquiavelo sabemos que la peor jugada que el diablo puede hacer es convencernos de su inexistencia. Y esa fue con exactitud la estrategia primordial de la mitología derechista en la historia: jamás nombrándose como tal derecha, confundiendo viperinamente con los grandes valores mayúsculos de la humanidad —el Orden, la Historia, la Naturaleza, la Razón—, analogando con astucia camaleónica el capitalismo con la civilización y camuflando su ideología impresentable tras los matorrales de *lo natural*. Derecha siempre innombrable, impronunciada, elíptica, metafórica... Sociedad anónima, exactamente.

Se invierte con espectacularidad la mitología. La derecha española ha empezado a nombrarse con desfachatez desconcertante, nunca vista, ni siquiera durante la cuarentena —bien pensado: maldita falta le hacía entonces el truco— mientras que las izquierdas —y todavía no sé por qué nos empeñamos en utilizar el beneficio del plural— recurren diariamente al enmascaramiento ideológico, al anonimato nominal, al disimulo histórico, al ritual de lo afónico y de lo invisible. No se trata solamente de que las izquierdas tradicionales hayan abdi-

cado de sus viejos proyectos globales de transformación o de revolución de la sociedad por ese insólito ataque de coyunturalismo crónico que les ha entrado, llegando a travestir los medios en fines de tanto ir el cántaro a la fuente, abjurando de los maestros pensadores, y hasta de los *ídolos*, sino que también ha renunciado a llamarse en público por su propio nombre. Incluso miedo a nombrarse históricamente.

Se habla de gran derecha, nueva derecha, vieja derecha, derecha cultural, extrema derecha, neoderecha... pero no recuerdo haber escuchado yo últimamente a la oposición los correspondientes ejercicios calificativos con su adjetivo prestigioso y espléndidamente inédito por estos pagos. Lo poco que suena, según se va por las izquierdas en no sé que dirección, es la conocida retahíla de asuntos pendientes y molientes que por tradición le correspondería pronunciar y resolver a la burguesía los derechos del hombre, la democratización del Estado, la descentralización administrativa, la secularización de la sociedad, el ingreso en la comunidad europea, la eficacia represiva contra el terrorismo, la ley del divorcio, las reformas urgentes y elementales de los códigos jurídicos, la libertad de expresión, la reestructuración de los cuarteles, la consolidación de las burguesías nacionales en Cataluña y en el País Vasco, el liberalismo...

Leguleyos, castizos y tópicos

Todo sería lamentable pero anecdótico —la utilización de la mitología tradicional de la derecha y esa progresiva función de subsidiariedad política que han asumido si no fuera porque también el lenguaje de las izquierdas parece haber entrado a saco en el almacén de las figuras retóricas de la competencia. Cito en primer lugar la actitud leguleya ante los acontecimientos; manía también derivada de la inmersión sin escafandra en las espesas aguas de la inmediatez. Lenguaje administrativo, civilista, de código napoleónico, sujeto a la tiranía del juridicismo y que acaba por transformar la realidad en legalidad, y la vida cotidiana, en letra muerta. Procedimiento comunicativo sin más posibilidades «narrativas» que la hermeneútica y con un futuro análogo al de la casulista.

Usurpación del derecho a la derecha y, a modo de contraste pelicularo, la psicoanalizable tendencia de las izquierdas por las jergas metropolita-

nas y por las lenguas vernáculas rurales. Es decir, la pasión por el *casticismo* en versión subtitulada. Casticismo viejo o nuevo, que bien analizados, tanto montan esos fervores por los vocativos callejeros como por los vocabularios detenidos en el siglo XVIII. El verbo se llama «rescatar». Por un lado, rescate de las jergas efímeras, que mueren como los vampiros, cuando se exponen a la luz del día; por el otro, rescate —cuando no invención atroz— de las hablas desaparecidas, que murieron sin las botas puestas, de forma natural, cuando las rozó la civilización moderna, ni siquiera la industrial. Se trata, en definitiva, de practicar la figura más derechista de cuantas produjo la derecha: el mito del carácter regional. Y en esas estamos ahora mismo, maquillando cadáveres lingüísticos y culturales o sistematizando lo que sólo tiene sentido cuando es pronunciado fuera del sistema. En definitiva, practicando el más ingenuo de los *diferencialismos* decimonónicos creyendo que influyen más en la conciencia del pueblo los modos lingüísticos que los modos de producción.

Hace años, en 1957, estableció Barthes en un ensayo divertido las figuras retóricas más características del pensamiento reaccionario, o pequeño-burgués, para usar su propia terminología. Erar: el tópic, la vacuna, el ninismo, el ahistoricismo y la tautología. Gracias al coyunturalismo de nuestras izquierdas tal parece ser el exacto catálogo de los trops ideológicos desde los que nos hablan de un tiempo a esta parte. La sustitución de la utopía por el tópic —el no lugar fantástico por el atroz lugar común—; la inmunización de los males generales por medio de la confesión de los males accidentales —se reconocen las crisis de la actualidad para conjurar las propias crisis de identidad—; la tendencia a definirse no por programas o ideologías, sino por negación conjunta de un par de extremos lejanos —ni Pinochet ni el Kremlin— o de un par de próximos generalmente intrascendentes —ni Suárez ni Calvo Sotelo—; la evaporización de la Historia inmediata por el recurso a los mitos de origen, del diferencialismo folklórico o del carácter regional y nacional, mitologías favoritas del célebre *terror a la historia* de las sociedades primitivas; y las conductas mágicas expuestas por Sartre en su *Basquejo de una teoría de las emociones*: se refugian en la tautología como en el miedo, en el pesimismo o en la cólera cuando carecen de explicaciones racionales para analizar la cólera, el pesimismo o el miedo nuestro de cada día. ■ J.C.